



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A UNA PEREGRINACIÓN DE LA DIÓCESIS DE AQUINO, SORA Y PONTECORVO, Y DE LA DE GROSSETO

Sábado 12 de abril de 1980

*Hermanos e hijos queridísimos de la diócesis de Aquino,
Sora y Pontecorvo, y de la de Grosseto:*

¡Este es verdaderamente día de gran gozo para mí y para vosotros!

1. Y, ¿cómo no alegrarse viéndoos llegar a Roma tan numerosos y fervorosos con vuestros obispos respectivos, por motivos de fe esencialmente, es decir, para encontraros con el Papa, con el Vicario de Cristo, para orar con él y por él, para escuchar su palabra y sacar de ella confirmación y aliento en la propia vida cristiana?

Por ello os presento a todos con afecto profundo mi bienvenida y agradecimiento.

2. Saludo en primer lugar a los queridísimos fieles de la diócesis de Aquino, Sora y Pontecorvo aquí presentes con el obispo, mons. Carlo Minchiatti; los alcaldes con los estandartes de los ayuntamientos, condecorados con la "Medalla de Oro" por Pablo VI en enero de 1974; el clero, el seminario, los religiosos y religiosas, las distintas asociaciones eclesiales y la nutrida representación de profesores y estudiantes. Vuestra presencia tan imponente y afectuosa me conforta y alegra; os doy las gracias de corazón y abrazó a todos en el Señor, sin olvidar a cuantos no han podido participar personalmente en este acontecimiento jubiloso. Habéis querido venir al Papa para conmemorar digna y solemnemente el centenario de la proclamación de Santo Tomás de Aquino "patrono de las escuelas católicas"; para celebrar, también con otras iniciativas, los diez años de actividad de vuestro obispo y, además, con objeto de recibir una bendición especial para la construcción ya en curso del nuevo santuario de la Virgen del "Carmelo" y para los trabajos preparatorios del próximo Sínodo interdiocesano.

Vuestra presencia también quiere recordar gentilmente la visita que yo hice a vuestra tierra en 1974, cuando tomé parte en el Congreso tomístico internacional.

¡Cuántos programas bonitos e interesantes! No puedo menos de daros la enhorabuena. Continúad trabajando y aplicándoos con amor y fervor a las actividades diocesanas y parroquiales. Continúad estando unidos y activos con fidelidad a Cristo, a la Iglesia, al obispo; continuad manteniendo alta y límpida la fe a la luz inextinguible de Santo Tomás, vuestro conciudadano ilustre e inmortal, siguiendo las huellas de un adalid tan grande de la fe, de uno que fue —como os dijo un día Pablo VI, de venerada memoria, en feliz síntesis que no se debe olvidar— "un sabio como muy pocos, un gran estudioso de los misterios de Dios y de su obra creadora y redentora, un enamorado de Cristo y de la Virgen, un alma serena, casta, humilde, obediente, rica en todas las virtudes humanas y cristianas del perfecto religioso" (*A peregrinos de Aquino, Sora y Pontecorvo*, el 2 de enero de 1974; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 6 de enero de 1974, pág. 4).

La formidable capacidad intelectual analítica y sintética de Santo Tomás, su conocimiento insuperable de la Sagrada Escritura y su santidad inconfundible, deben ser guía y aliento en particular para vosotros. Que vuestra diócesis sea siempre modelo de fervor eucarístico y mariano y consuelo de vuestro obispo, del Papa y de la Iglesia entera. Os ayude en estos propósitos también mi aliento unido a mi oración constante.

3. Y ahora mi saludo se dirige a los fieles igualmente amados de la diócesis de Grosseto que han querido venir también ellos presididos por el obispo, mons. Adelmo Tacconi, en peregrinación a Roma Para ver y escuchar al Papa.

Ya sabéis que aquí en Roma tenéis un padre, un hermano y un amigo que os ama, piensa en vosotros, os sigue con la oración y con la solicitud de su misión universal... Y ¡habéis venido a visitarle! Gracias por vuestra amabilidad y delicadeza, a las que me propongo corresponder con mi recuerdo afectuoso en, la oración.

Pienso en este momento en los distintos niveles de personas de vuestra diócesis; en los párrocos y sacerdotes, en el seminario y la Acción Católica, en los religiosos y en todos los grupos y Movimientos eclesiales tan numerosos y activos, en los Voluntarios del sufrimiento, en los responsables de la vida pública, en los trabajadores, en los padres y madres de familia, en los jóvenes y niños... Y no puede olvidar a don Zeno Saltini, tan conocido por sus múltiples experiencias y su comunidad de Nomadelfia; y no quiero olvidar tampoco a la "Coral Puccini", célebre en Italia y en el extranjero.

Contemplo en este momento vuestra tierra de la Marisma, recordada por poetas ilustres y descrita por autores célebres; la zona costera transformada en jardín de productividad, famosa por el atractivo de su mar; la zona agrícola sembrada de fincas lindas y acogedoras en el verde

fascinante del campo; la zona de colina con importantes minas y centros de extracción y elaboración de distintos metales... Vuestra diócesis es todo un fermento de trabajo y afanes, es todo un intercambio de experiencias e ideales. A vosotros también, fieles de Grosseto, digo con todo el amor que nace de la fe y la responsabilidad mantened firme y valiente vuestra fe cristiana. En el remolino atormentado de la sociedad moderna, tan espléndida pero tan inquieta a la vez, tan inteligente y tan frágil a un tiempo, no rindáis las armas de vuestros principios de fe. Es esta sociedad precisamente la que debemos amar, curar y salvar. Como el buen samaritano que se inclina hacia sus hermanos con misericordia y confianza y les ayuda en el nombre de Dios.

De modo particular os exhorto a ahondar cada vez más en el conocimiento de la fe cristiana y a haceros apóstoles de la participación en la Santa Misa y en los sacramentos.

4. En recuerdo de este encuentro fraterno nuestro, peregrinos y visitantes tan amados, quisiera dejaros una exhortación final sugerida por el tiempo pascual que estamos viviendo en la liturgia, de modo que vuestra peregrinación a "la Sede de Pedro" no se reduzca luego a un dulce recuerdo, sino que os aguijonee a un compromiso cristiano cada vez más intenso.

Vivid vuestra vida con sentido de la Pascua. Pues justamente por este sentido pascual de la vida y la historia debe distinguirse el cristiano. ¿Y qué quiere decir?

Quiere decir estar convencido de que la resurrección de Jesús es el acontecimiento decisivo y determinante de toda la historia, humana y, por tanto, de nuestra existencia, pues le da garantía de significado trascendente y eterno. A veces es difícil ver la luz por encima de las tinieblas. Pues precisamente el cristiano es el hombre que espera confiado durante la noche, la sonrisa del alba; es el hombre que descubre más allá de las tinieblas y angustia del Viernes Santo, el gozo y la gloria del Domingo de Pascua. Cristo ha resucitado y por ello su palabra es divina. ¡Dios nos ama, el hombre está salvado, ha quedado redimida la historia! A vuestra vida y vuestro ambiente, a la familia y al trabajo; a los momentos de serenidad y a los lugares de sufrimiento, llevad este sentido pascual de salvación y esperanza verdadera; esto espera y desea del cristiano el mundo moderno.

Hermanos e hijos queridísimos: Os confío a la Virgen Santísima. Ella os ama, os protege, os ilumina, os espera. Que Ella esté presente siempre en vuestras oraciones y decisiones. Que mantenga viva en vosotros la inteligencia de la fe y, según he dicho ya, el sentido pascual que es fuente de alegría interior y fervor.

Os acompañe también la seguridad de mi recuerdo afectuoso en la oración, junto con la bendición apostólica que os imparto con gran amor a vosotros y a todos vuestros seres queridos.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana